

Pensar lo político, entender las guerras. Tribulaciones, lamentos y ocasos de una relación estructurante del siglo XX

Edgardo Manero¹ y María Laura Realí²

Introducción

Ya sea a través del estudio de casos o a partir de reflexiones más amplias, el conjunto de contribuciones que confluyen en este dossier se interrogan sobre las relaciones que la guerra mantuvo con la política en el ámbito latinoamericano, en un arco temporal que abarca desde los años cuarenta del siglo XX hasta la actualidad. La articulación entre las especificidades de las experiencias locales y su inserción en espacios más amplios donde la circulación de doctrinas, prácticas y actores no es sin duda unidireccional pero tampoco ajena a disimetrías y relaciones de fuerza, constituye un aspecto nodal de los enfoques propuestos. En una tensión constante entre permanencias y rupturas, los acontecimientos abordados se inscriben en procesos de más larga duración, en los que es posible detectar ciertas líneas de continuidad.

Estas persistencias se perciben, en primer lugar, en las modalidades que adopta el enfrentamiento armado en América Latina. Cabe preguntarse, en ese sentido, en qué medida los conflictos bélicos acaecidos en este espacio resultaron reductibles, en alguna etapa, a una noción de la guerra que perduró en el ordenamiento internacional desde la consolidación del Estado-nación moderno hasta el período de la Guerra Fría y que presentaba este fenómeno en términos de actores estatales en condiciones de relativa certidumbre de las reglas internacionales. La distinción entre lo público y lo privado, entre lo interno y lo externo, entre lo estatal y lo no estatal, lo civil y lo militar, entre la guerra y la paz,³ se encuentra lejos de ser pertinente para una región donde la articulación de los conflictos sociales con lo militar difiere de la forma convencional de la guerra aportada por el paradigma europeo, aunque las culturas estratégicas locales⁴ se encuentren fuer-

1 Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS)-École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), Mondes Américains, Francia.

2 Universidad Paris 7, Études Interculturelles de Langues Appliquées (EILA)-Identités-Cultures-Territoires (ICT), Francia.

3 Mary Kaldor (1999) considera dichas dicotomías como características de las «viejas guerras».

4 Podemos definir la cultura estratégica como una forma integral de acción y de reflexión que se inscribe en el largo plazo, desarrollada por un grupo según su modo particular de resolver las relaciones con la naturaleza, los miembros de la comunidad y otras comunidades, con el fin de dar continuidad y sentido a su existencia garantizando la supervivencia del colectivo de identificación. La cultura estratégica comprende el conjunto de las actitudes, normas, creencias, costumbres y valores en relación con la supervivencia del «nosotros», compartidos más o menos ampliamente por los miembros de una unidad social determinada. El concepto alude

temente marcadas por dicho paradigma. En particular, a partir de la segunda mitad del siglo xx, las especificidades latinoamericanas en relación con la guerra se inscriben en un contexto pautado por la universalización del saber militar y por la supervivencia o adaptación de ciertos aspectos de dichas culturas, lo que plantea la cuestión de la articulación entre la dimensión global y local de las prácticas guerreras.

El relativo aislamiento en el sistema internacional ha limitado la participación directa de los países latinoamericanos en las conflagraciones internacionales, aunque estas movilizaron fuertemente a la opinión pública a nivel continental. Por su parte, los frecuentes conflictos de vecindad territorial (Mares, 2001; Domínguez, 2003; Manero, 2007) —cuyo pasaje de la diplomacia al enfrentamiento armado solo se produjo en contadas ocasiones— no esconden el hecho de que en América Latina las guerras se estructuran, principalmente, tanto en torno a las cuestiones del control social como a las disputas por la hegemonía política, en una geografía caracterizada por la debilidad de los Estados nacionales. En diversos contextos, el uso de la violencia se encuentra indisolublemente asociado al problema de la participación política y de las luchas por el acceso al poder, frente a la dificultad de los grupos dirigentes para instaurar mecanismos que garanticen su legitimidad de origen.⁵ El uso de la violencia extrema debe ser además considerado desde la perspectiva de su ejercicio contra poblaciones excluidas del «nosotros», contra grupos «subalternos» asimilados a colectivos peligrosos, desde esclavos en el pasado e indígenas, obreros y campesinos en distintos momentos históricos, hasta movimientos sociales de protesta contemporáneos. Estos mecanismos tendrían un denominador común con la violencia «colonial» practicada por las sociedades hegemónicas en sus periferias, lo que explica, en parte, las circulaciones de representaciones y de prácticas estratégicas. Este fenómeno se presenta combinado con la injerencia directa de las potencias hegemónicas en la región, que ha sido una constante desde la formación de los Estados poscoloniales. En el artículo «Una geografía global del combate. Asia y América Latina en los orígenes de la Guerra Fría», Daniel Emilio Rojas ilustra sobre la circulación a escala planetaria de un saber represivo que se nutrió de experiencias locales de combate insurgente y contrainsurgente no restringido al siglo xx. Desde una perspectiva que cuestiona la idea de una transferencia unilateral de saberes militares desde Estados Unidos al resto del mundo a comienzos de 1960, el autor destaca la dinámica de conjunto, poniendo en relación diversos escenarios de Asia, América Latina y Estados Unidos.

En la medida en que aparece centrada en el conflicto interno más que en el externo, la problemática bélica en América Latina nos recuerda que, como lo subraya Julien Freund, la guerra es una forma particular de conflicto. Su comprensión implica librarse de la forma guerra con el fin de aplicarse al desciframiento de la pluralidad de los fenómenos conflictivos, es decir, «los enfrentamientos diversos entre los hombres». El análisis de la guerra depende más ampliamente del estudio del conflicto en general (Freund, 1983). Aunque constituya la forma más radical de manifestación de la violencia social, la guerra no deja de ser una actividad ordinaria propia del campo de lo político. Lo que la diferencia de otras manifestaciones de la violencia colectiva —y por supuesto de otras formas del conflicto social— es que la lucha comporta coaliciones armadas entre sectores que se perciben a sí mismos como combatientes. Esta condición del compromiso conlleva una dimensión «identitaria» que tuvo un rol central en la militarización de lo político experimentada en gran parte del subcontinente, particularmente notoria en el período abordado en este *dossier*.

a los rasgos distintivos que caracterizan una sociedad o un grupo frente a la amenaza de muerte colectiva (Manero, 2002).

5 Por un abordaje de esta cuestión en el caso argentino ver Míguez (2017).

Las formas del conflicto

En el Mundo Antiguo, los griegos distinguían entre dos formas básicas de expresión del conflicto violento. Mientras el *polemos* hacía referencia al enfrentamiento armado contra un enemigo externo, un «extranjero» absoluto,⁶ la *stasis* —como fenómeno que implicaba igualmente la dimensión del combate— resultaba, en cambio, de un conflicto interno, de una crisis surgida e instalada en el seno de la *polis*. El término expresaba discordia, disturbios cívicos y revuelta en su dimensión arcaica y fundadora, entre aquellos que, en el lenguaje propio de la *stasis*, fueron denominados *eupatrides* —los «bien nacidos»— y aquellos designados como *kakoi*, los «villanos», «malvados», «sucios» y «bestias», apelativos propios del lenguaje de la exclusión social. Estas dos figuras de la guerra, tradicionalmente opuestas, generan las condiciones de posibilidad de acciones militares diferentes, aun si el enfrentamiento civil mantiene el esquema y las estructuras propias de la guerra clásica.

La distinción entre *polemos* y *stasis* aparece mucho menos nítida al considerar los conflictos armados a partir de las experiencias históricas concretas. Esta observación resulta pertinente para el caso latinoamericano, donde los conflictos interestatales, los enfrentamientos civiles y las guerras de colonización coexistieron frecuentemente en el seno de un mismo acontecimiento histórico, aunque alguna de estas dimensiones haya sido encubierta o aparezca desdibujada en beneficio de otras, oscureciendo la comprensión global de los fenómenos.⁷

En el espacio geográfico latinoamericano, la *stasis*, en su sentido de sedición y de insurrección, ha ocupado un lugar central. Si este fenómeno es bien notorio durante el período de las guerras de independencia y de la organización nacional, no lo es menos en el correr del siglo xx, en particular durante el orden bipolar aunque, a diferencia del siglo xix, la referencia a la «guerra civil» sea poco empleada. Fenómeno político particular, esta última tiene una especificidad dada por la dificultad misma de nombrarla (Grangé, 2009), que no se reduce solamente al hecho de que la ausencia de guerra, en el sentido jurídico, evita inquietar a la opinión pública, ayuda al mantenimiento de la actividad económica y bloquea la intervención de los organismos internacionales. La situación es similar en las guerras coloniales, donde el término «guerra» será utilizado de forma retrospectiva, generalmente ligado a políticas de memoria.

Guerra y política

Los conflictos armados latinoamericanos muestran no solamente el carácter ilusorio del antagonismo entre política y guerra, sino también lo arbitrario de la separación. En ese sentido, cabe recordar que la *polis* nace del «horror» de la guerra civil (Joxe, 1991: 177). En última instancia, todo poder político se funda en una relación de fuerza ligada —de una u otra forma— a un enfrentamiento entre colectivos de identificación. De esta forma, la violencia se instituye como el fenómeno fundador de la política. La sociedad, el Estado e incluso el derecho habrían surgido de un acto violento. Lejos de oponerse al orden, la violencia —luego devenida legítima— es su fundamento. Como lo destaca Max Weber, su monopolio constituye el basamento y el rasgo específico del Estado. Toda ley reposa sobre el recurso potencial a la coerción y el derecho es la resultante del ejercicio anterior de la fuerza y de la dominación, lo que equivale a sostener que el aparato normativo es la organización institucional de la violencia, prolongada de esta forma en la ley. En referencia a la carta de derecho fundamental, la Constitución, Ferdinand Lassalle

6 En relación con este punto puede verse Graves (1979); De Sainte Croix (1981); Fuks (1984); Lonis (1996); Loraux (1997); Fisher (2000) y Price (2001).

7 Sobre esta cuestión se puede consultar Capdevila y Dessens (2016: 393-398).

sostiene que las relaciones reales de fuerza existentes en una sociedad dada condicionan todas sus leyes y disposiciones jurídicas, de manera que, en lo esencial, ellas no pueden distanciarse de las circunstancias en que se generan.⁸ El poder no puede separarse de su origen a pesar de que, como lo señala Hannah Arendt, violencia y poder son términos diferentes y contradictorios. La violencia tiene un carácter instrumental y su utilización requiere justificarse. El poder, en cambio, no necesita justificación sino legitimidad (Arendt, 1970: 52).

Volviendo a la relación entre guerra y política, no solamente ambos términos se encuentran estrechamente vinculados, sino que, más aún, es en la guerra donde el orden político de la *polis* se manifiesta en toda su singularidad. Testimonio de ello es la oración fúnebre atribuida a Pericles por Tucídides en su *Historia de la Guerra del Peloponeso* (1986: 112-116). Así, las múltiples dinámicas excluyentes experimentadas en América Latina como resultado de los conflictos armados no deben no obstante llevar a olvidar que, en ocasiones, la guerra constituyó igualmente un factor de integración. Si el conflicto interno tiende a poner en evidencia y en ocasiones a agudizar las fracturas sociales, puede funcionar igualmente como elemento de cohesión al interior de grupos determinados. El conflicto desgarrador pero es susceptible igualmente de reforzar los lazos sociales, contribuyendo a mantener la cohesión interna de un grupo o provocando incluso dinámicas de integración, al ampliar las fronteras del «nosotros» y al generar y/o consolidar sentimientos de pertenencia identitaria. Como lo señala Georg Simmel (1998), la oposición y la discordia ayudan a mantener los grupos unidos. Ya sea como acontecimiento efectivo o como horizonte de expectativa, puede contribuir incluso a superar antagonismos internos, canalizando el conflicto y redirigiéndolo fuera de las fronteras estatales.

En su dimensión de *polemos*, el enfrentamiento contra un enemigo externo permite incluso desplazar la agresión hacia otro colectivo, restaurar una autoridad cuya legitimidad se halle cuestionada, movilizar apoyos y disminuir la conflictividad al interior de la *polis*. El ejercicio del poder se encuentra íntimamente asociado al conflicto y a sus representaciones. Forjar un enemigo imaginario para facilitar la cohesión de un campo político o buscar orientar la hostilidad para evitar que se distribuya de modo aleatorio en el interior de un grupo son prácticas arcaicas y perennes. Dirigir la hostilidad contra el exterior del colectivo de identificación para promover su integración constituye un saber estratégico universal ampliamente empleado en América Latina.

Una continuidad aparece en la tradición occidental, desde el *Externustimor maximum concordia e vinculum*, de Tito Livio (2010-2011, II: 39),⁹ hasta la guerra en calidad de nodriza sangrienta que prepara a las sociedades para ser cohesivas, de William James (1912: 23). Desde el desconcierto del Imperio romano después de la pérdida del enemigo cartaginés, hecho al cual hace referencia Polibio (1969, III: 30), hasta el vacío estratégico, resultado del hundimiento soviético, la alteridad amenazante juega un rol central en todo colectivo de identificación. Si bien la expectativa de un enemigo se reinstala progresivamente en el desorden global posterior a 1989, las sociedades occidentales experimentan dificultades para definirlo de manera clara y rigurosa.

8 Cfr. Lassalle (1999).

9 «Por voto unánime de todos los generales, se confió la dirección de la guerra a Atio Tulio y a Cneo Marcio, el exiliado romano, en quien pusieron todas sus esperanzas. [...] Las incursiones fueron acompañadas por hombres cuya misión era asegurarse de que las tierras de los patricios no fueran afectadas; una medida tomada bien porque su ira se dirigiese principalmente contra los plebeyos, bien porque esperase que surgiesen disturbios entre ellos y los patricios. Estos sin duda se habrían producido (a tal punto estaban los tribunos excitando a la plebe contra los hombres más importantes del Estado) de no haber sido porque *el temor al enemigo que estaba fuera (el más fuerte lazo de unión) les unió a pesar de sus mutuas sospechas y aversión.*» El subrayado es nuestro. Tito Livio (2010-2011: 39). Sobre este punto ver Alain Joxe (1991: 203).

Fenómeno multicausal, la relación entre conflicto interno y el conflicto externo está en la base de una de las hipótesis más comunes de la guerra externa. Las elites comprendieron que la capacidad de controlar los sistemas de creencias y de representaciones de los conflictos constituye un elemento clave para poder actuar sobre la producción, la circulación y la conservación del poder. La teoría del desplazamiento revela la ambigüedad del conflicto. Este puede ser revelador del lazo que une a los ciudadanos, poniendo de manifiesto la importancia de la vida colectiva. Al desplazar la agresión hacia otro grupo, la guerra externa mediante su direccionamiento se configura como un mecanismo capaz de mantener la cohesión social interna, un medio para restaurar la autoridad o movilizar los apoyos, particularmente en coyunturas donde la legitimidad es débil o la conflictividad intragrupal es grave. La guerra —o su expectativa— contribuye a la canalización del conflicto fuera del marco nacional-estatal. Puede ser la última oportunidad, para un Estado preso de los antagonismos internos, de superarlos y de evitar así su estallido.¹⁰ En ese sentido, William Graham Sumner sostiene que, en las sociedades que experimentaron guerras frecuentes y feroces, el sistema social se volvió más integrado. Los grupos pueden buscar la unidad interna en el enfrentamiento con un enemigo externo, los sentimientos de cooperación interior pueden ser complementarios de los sentimientos de hostilidad hacia el exterior (Sumner, 1911). Bajo ese ángulo puede ser analizada, por ejemplo, la guerra de Chile contra la Confederación Perú-Boliviana (1836-1839)¹¹ o la intencionalidad dada por la junta militar argentina al conflicto por las Islas Malvinas en 1982.

Menos evidente o no siempre puesto de relieve es el potencial de la guerra como factor de integración para los sectores denominados «subalternos». Frecuentemente, los levantamientos armados habilitaron formas de participación política alternativas al sufragio, en escenarios marcados por un sistema representativo imperfecto o puramente teórico. En ciertas ocasiones, estos movimientos estuvieron en el origen de la instauración de modalidades informales de co-participación en el gobierno y contribuyeron, igualmente, a la ampliación de la ciudadanía y al perfeccionamiento del sistema representativo por vía electoral, como es el caso de los levantamientos armados que tuvieron lugar en Uruguay en las últimas décadas del siglo XIX y primera del siguiente.¹² De igual forma, las guerras intestinas e interestatales movilizaron contingentes de esclavos y de indígenas que lograron por este medio un cambio en su situación jurídica, así como una progresiva incorporación a la ciudadanía y, en ocasiones, a una comunidad nacional de la que habían permanecido marginados en los hechos y/o excluidos en términos simbólicos, si bien cabe recordar que pagaron a precio fuerte estas conquistas. La guerra del Paraguay (1864/1865 a 1870),¹³ que involucró a países en los que el régimen esclavista seguía vigente —como Paraguay y Brasil, este último en una escala incomparablemente superior en relación con el primero— o el conflicto por la posesión del Chaco boreal entre Paraguay y Bolivia (1932-1935) —que implicó para este último país la movilización masiva de contingentes humanos hasta entonces marginalizados de la vida política— constituyen ejemplos significativos de conflagraciones internacionales que tuvieron una incidencia significativa en la promoción de dinámicas de integración, tanto en el plano jurídico y político como en el cultural.

10 Para una crítica de ese paradigma, ver Geoffrey Blainey (1973).

11 Es la posición sustentada por Gonzalo Andrés Serrano del Pozo (2017).

12 Cfr. Reali (2016).

13 En relación con esta problemática para el caso brasileño puede verse Hendrik Kraay (1997: 228-256).

El orden de los factores, un producto diferente

La controversia relativa al binomio guerra y política puede ser pensada, en primera instancia, como una oposición entre quienes ven en el primero de estos términos un componente del segundo y aquellos que consideran el conflicto armado como un residuo de lo político o, incluso, como una patología que, bajo ciertas condiciones, es susceptible de ser extirpada, incluso definitivamente, del cuerpo social. Sin embargo, en el campo de las ciencias sociales tiende a primar la interpretación que concibe ambos fenómenos como un componente del mismo proceso, refutando la posición que los presenta como principios irreductibles y antagónicos.

El foco se establece a partir de allí en el orden en que cabe situar a cada componente de la denominada «fórmula»¹⁴ clausewitziana, cuestión mayor de la reflexión social que no puede ser disociada del sentido y alcance otorgado a cada uno de estos términos. Si la guerra es un instrumento —«mera continuación de la política por otros medios» (Clausewitz, 1998: 67)—, el poder cristaliza, bajo formas dinámicas, relaciones surgidas de los conflictos en las estructuras sociales, que implican el recurso a la violencia. En el ámbito latinoamericano, representaciones y prácticas políticas diversas han apuntado a alterar el orden del aforismo formulado por el general prusiano. Esto nos interroga sobre los fundamentos militares de la política y, lógicamente, sobre la experiencia histórica latinoamericana en el siglo xx, a partir de un cuestionamiento sobre la pertinencia del modelo de la guerra para analizar las relaciones de poder.

Las reflexiones en torno a guerra y política que realizara Carl von Clausewitz en las primeras décadas del siglo xix, aunque centradas esencialmente en los enfrentamientos interestatales, alimentaron una multiplicidad de debates políticos y académicos, entre ellos, los que supusieron la inversión de los componentes de la «fórmula» planteada por el militar prusiano, devenida clásica. Las dinámicas propias al período de la Guerra Fría condujeron al paroxismo el interés por descifrar las relaciones entre los elementos que integran esa fórmula.¹⁵ Es en ese marco que Michel Foucault se interroga sobre los fundamentos agonísticos del poder (Knüfe, 2007), es decir, sobre la relación entre los componentes de la «fórmula» clausewitziana. Bajo este ángulo, se plantea la inversión de la máxima, sosteniendo que es posible que, en términos estratégicos, la guerra sea la continuación de la política. El autor recuerda, sin embargo, que aunque la «política» no haya sido concebida exacta y directamente como una continuación de la guerra, lo fue al menos del modelo militar como medio fundamental para prevenir el disturbio civil. Como lo sugiere Foucault, si el poder tiende a fundarse sobre la relación de fuerzas surgida del conflicto y si la política no es en definitiva más que la continuación de ese vínculo, la noción de contrato, que apunta a fundar la soberanía, puede disimular una guerra cuyos resultados estarían inscriptos en las instituciones, a pesar de que propuestas como la de Hobbes la habrían «eliminado» del origen de la soberanía. En efecto, según este último pensador, a pesar de que existió conflicto bélico y conquista, el Estado se habría constituido en última instancia a partir de un contrato (Foucault, 1997).

Ahora bien, pensar el poder en términos de enfrentamiento —apartándose de la representación de la sociedad política como el resultado de un contrato entre iguales— no equivale a suponer que la política tiene como único cometido sancionar relaciones de fuerza, pero sí a considerar que estas ocupan un lugar central en ella. En todo caso, el debate generado en torno a la ubicación de los términos posibilita abandonar la linealidad por una visión más circular, como una banda de Moebius. Lejos de agotarse con el fin de la Guerra Fría, como sostenían los apologistas de un

14 Sobre la lectura foucaultiana de la relación guerra y política ver Aurélie Knüfe (2007).

15 André Glucksmann, en *Le discours de la guerre* (1979), reflexionaba sobre la inversión del vínculo establecido por Clausewitz entre política y guerra.

mundo «posconflictual», en las primeras décadas del siglo XXI, la controversia se ha reactualizado una vez más, debido a variables tanto globales como regionales y/o nacionales, propias de sociedades como las latinoamericanas, donde la emergencia de movimientos políticos heterogéneos que canalizan demandas sociales diversas —y la consecuente oposición— se acompañó del «retorno» de la fractura política más que de un pacto democrático.

La dificultad de abordar el tema se pone en evidencia en los discursos memoriales. Como puede observarse en las disputas sobre las políticas de memoria generadas en torno a lucha armada de los años 1960 y 1970 en el Cono Sur latinoamericano, el lugar que ocupa cada término de la fórmula clausewitziana no es anodino. Independientemente de que se trate de la modificación o la conservación del *statu quo*, los análisis suelen expresar, generalmente, juicios de orden moral o apoyarse sobre reparos de raigambre ideológica que tienden a dificultar la comprensión de la violencia política conduciendo a interpretaciones muy discutibles y marcadas por una fuerte ideologización. Reintroducir la guerra en la política permite romper simplismos interpretativos, explicaciones maniqueas comprensibles desde lo político, pero cuestionables desde el punto de vista de la reflexión social. Los dos paradigmas hegemónicos no superan el relato «despolitizador» de la guerra. De un lado, la «teoría de los dos demonios», al considerar la escalada de violencia y la instalación de las dictaduras, concentró las responsabilidades sobre los grupos armados y los militares permitiendo, en el contexto de transición democrática, exculpar a la sociedad civil y a sus élites de lo acaecido en dicho período. Esta concepción, hegemónica en sociedades como la Argentina, explicaba la violencia de los años sesenta y setenta del siglo XX a partir del enfrentamiento de dos totalitarismos simétricos y asimilaba toda actividad política a las leyes de la guerra. Del otro, la reducción del militante a la figura de víctima fue un elemento clave en la lucha y propaganda contra los regímenes civicomilitares —especialmente a nivel de la opinión pública internacional— y permitió, en una etapa posterior, la atribución de responsabilidades y la legitimación de los juicios contra quienes cometieron actos de violación de los derechos humanos. Al mismo tiempo, habilitó la construcción de una memoria orientada a la condena del crimen estatal.

A diferencia de las teorías de los «dos demonios» y de la «víctima inocente», el relato de la épica del combatiente heroico reintroduce la guerra en la política. Sin embargo, si la literatura «partisana» reconoce la relación entre los dos términos, al poner el énfasis en la dimensión heroica del compromiso y en la violencia de la represión, reduce la problemática al rol unívoco de construcción de una memoria «militante», expresión de una pura subjetividad.

La lógica de guerra

Sin la pretensión reduccionista de subsumir las prácticas de los actores a una lógica unívoca, una mirada de larga duración permite vislumbrar una coyuntura caracterizada por la percepción de lo bélico como un componente prioritario de la política, que comienza a gestarse hacia fines de la Primera Guerra Mundial. Minoritaria en sus primeros tiempos, conoce un desenvolvimiento heterogéneo en diferentes escalas, espacios y contextos. Sin embargo, es posible señalar momentos significativos de inflexión, como la Revolución Soviética, la crisis económica mundial de 1929, el conflicto bélico mundial de 1939 y la Revolución Cubana acaecida veinte años más tarde. Este ciclo que se abre con el fin de la Primera Guerra Mundial, se cierra en la década del ochenta. La conflagración internacional de 1914-1918 echa por tierra o, al menos, pone al descubierto, la vulnerabilidad de un conjunto de «certitudes» sobre la forma de lo político que resultaban de la idea

de progreso y de la «civilización» occidental.¹⁶ El cuestionamiento del modelo europeo por parte de sectores de las elites y la radicalización de los nacionalismos en América Latina no son ajenos a este período caracterizado por el cuestionamiento del sistema liberal. El triunfo sandinista en Nicaragua coincide con el comienzo del ocaso de esta etapa, al producirse la progresiva reinstauración de regímenes representativos liberales y la aparición de los teóricos de la democracia, que redefinen la relación entre los componentes del «binomio», expulsando a la guerra de la órbita del «deber ser» de la política. Con el retorno de la democracia y el fin de la Guerra Fría, la expectativa en la posibilidad de erradicar o canalizar el conflicto por vía pacífica vuelve a instalarse en la escena pública.

Con diversas cronologías según los países y regiones, la constitución de organizaciones militarizadas fue y es la manifestación más evidente de la guerra en la política, aunque no la más importante. Más allá de las diferencias en sus proyectos, las organizaciones politicomilitares se reconocen en la acción armada, en particular desde la década del sesenta del siglo xx. Diversas organizaciones, tanto de izquierda como de derecha, desarrollan esquemas de interpretación de lo político próximos —entre ellas y con otras del continente—, aunque expresen intereses diferentes y antagonicos. La lógica de guerra produce un efecto contradictorio. Por un lado, hay una politización absoluta de la sociedad dado que toda lucha es política. Las reivindicaciones sociales, culturales y económicas son identificadas con dicha disputa. Una premisa guía la acción: el hecho de que la política tiene un rol de motor en la historia. Por otro lado, se asiste a una desvalorización de la democracia liberal y lógicamente de la dinámica partidaria, lo que afecta a la política en su conjunto. Reduciendo el menú de opciones, el rechazo de la democracia liberal conduce a una toma de partido por la guerra, que no aparece como opuesta a la política, sino como si formara parte de ella. El punto extremo es, en los años sesenta y setenta, la idea de que la acción violencia permite crear poder «político». La violencia instrumental fue desde el principio una opción central.

Ciertas organizaciones desearon dar la imagen de formaciones militares clásicas —logística, disciplina, jerarquía—, aunque pocas lograron construirse como referencia de hipotéticas Fuerzas Armadas; fenómeno evidente en sociedades en las que los grupos insurreccionales asumieron bajo su control las funciones y los roles propios del Estado, intentando fundar su legitimidad en la idea de un ejército «nacional» opuesto al que definían como una fuerza de ocupación «colonial». Al tiempo que algunos movimientos recibieron instrucción militar y armamento de las Fuerzas Armadas — lo que implica también una forma de participación política de estas—, otros percibieron a los militares como el principal enemigo.

Desde esta perspectiva, una «lógica de la guerra» rige la política.¹⁷ En cuanto forma de concebirla, dicha lógica es un modo de interpretar la sociedad, así como de percibir la relación de lo político con el conflicto social, su dinámica y su resolución a partir de concepciones determinadas por lo militar. Tributaria de la visión que entiende que «la guerra es un acto de violencia destinado a obligar al adversario a ejecutar nuestra voluntad» (Clausewitz, 1998: 51), la característica principal de esta lógica es el fomento de lo bélico como un mensaje central del campo político. Fundada sobre el antagonismo absoluto, el conflicto social se presenta como la oposición entre dos potencias que son, ante todo, fuerzas «políticas». La noción de lógica de guerra incluye, necesariamente, la eventualidad, finalmente, la inexorabilidad de una lucha física.

16 En relación con la Primera Guerra Mundial y su impacto en América Latina, puede verse Olivier Compagnon (2013).

17 Para un análisis en profundidad de la lógica de guerra, Edgardo Manero (2014).

Aunque sus componentes estén presentes en gran parte de la sociedad —el recurso a la fuerza no es patrimonio de un sector—, como colección de elementos en interacción que forman un todo organizado y coherente de interpretación y acción, la «lógica de guerra» es característica de las diversas y antagónicas expresiones del nacionalismo y de la «nueva izquierda». Al enunciar proyectos de sociedad radicalmente diferentes, las organizaciones armadas evidencian la heterogeneidad de los intereses sociales que comparten la reivindicación del recurso a la violencia para intervenir en el conflicto social. En el marco de la «lógica de guerra», definen la política de una manera schmittiana; el antagonismo político es, como para Carl Schmitt, el antagonismo supremo. Numerosos actores, situados en diversos puntos del arco político parecen participar, en América Latina, de las consideraciones de Schmitt sobre el hecho de que Lenin tomara de Clausewitz no solamente la fórmula célebre de la guerra como la continuación de la política sino, también, la convicción de que la distinción del amigo y del enemigo era, en la era revolucionaria, el paso primario que comandaba tanto la guerra como la política (Schmitt, 1992). Resultado de una dinámica cultural indisolublemente ligada a representaciones políticas y estratégicas, la violencia aparece como una metodología de construcción del poder político: «el poder nace de la boca de los fusiles». Si la guerrilla no es sino una de las formas de la lucha política, ella es considerada, sin duda, su expresión por excelencia. El «enemigo» es erigido en elemento constitutivo de la idea misma de lo político, designando una oposición absoluta, radical, estructural y perenne, dirigida a un colectivo de identificación en su conjunto. La distinción amigo-enemigo rige la política.

En relación justamente con el caso de la «nueva izquierda» latinoamericana, el trabajo de Eugenia Palieraki «In arms' way. The 1960s Latin American New Left thinking on war and politics» se interroga sobre el significado político de la lucha armada en su seno. Según señala la autora, la decisión del recurso a las armas habría pasado por la conformación de un imaginario nuevo y marcadamente generacional, en cuya construcción habrían tenido incidencia significativa las principales referencias teóricas adoptadas por estas organizaciones. Desde esta perspectiva, el abordaje de Palieraki se aparta de las lecturas que ponen el acento en otras experiencias revolucionarias exitosas del período —en particular la Revolución Cubana— a la hora de explicar la militarización de la «nueva izquierda» en América Latina.

La «fuerza» y la «astucia»

La experiencia latinoamericana de la militarización de la política se nutre de un saber estratégico que trasciende la coyuntura de la «edad de la ideología», en tanto que ciclo estructurado por la primacía de lo político en los sistemas de ideas, prejuicios y concepciones del mundo orientados por la voluntad de conservar o transformar la realidad social. Entre las múltiples perspectivas desde las que puede ser abordado este fenómeno, se ha optado aquí por el recurso a una alegoría de larga vida en el mundo occidental: la distinción entre la «fuerza» (considerada como 'capacidad física' y 'virtud moral') y la «astucia» (en su doble acepción de 'ingenio' y de 'engaño').

Esta dualidad estratégica aparece ya formulada en un texto fundador de la literatura occidental: la *Iliada*. A la figura de Aquiles, que encarna la «fuerza» como valor personal, coraje, entrega y recta actitud, Homero opone la de Ulises, quien reivindica el ardid y el ingenio.¹⁸ Privilegiando el primer modelo en detrimento del segundo, una interpretación del hecho guerrero, claramente ideológica, se estructura sobre el presupuesto de que existiría un *ethos* occidental de la guerra, nacido en la Grecia antigua, vigente en Roma, fundado en la fuerza y el coraje cívico y radicalmente opuesto a la «astucia», con todas sus variantes, como la corrupción y la traición.

18 Sobre este punto ver Holeindre (2017) y Girard (1972).

Asociada la «astucia» con el despotismo, la interpretación, que corresponde en parte a la tesis del modelo occidental de la guerra de Victor D. Hanson, implica en sí la institución de una alteridad a nivel estratégico en relación con «Oriente», participando en la invención permanente de este por Occidente.¹⁹

A pesar de que los saberes vinculados a la «astucia» han estado presentes en las prácticas de los ejércitos estatales de Occidente, han sido con frecuencia objeto de miradas peyorativas. Considerada «indigna» o asimilada a una estrategia indirecta evaluada como poco «rentable» —su organización representaría demasiado esfuerzo para la obtención de beneficios aleatorios—, la «astucia» ha sido, en términos generales, desestimada en el plano doctrinal a la excepción notable de los ingleses (Holeindre, 2017). Dicha visión participa, por ejemplo, de la controversia sobre la interpretación de Clausewitz de la «pequeña guerra», que ha conducido a lecturas opuestas, tendientes ya sea a negar, ya sea a destacar su rol de teórico de las luchas nacionales, así como la capacidad de su dispositivo analítico de explicar las transformaciones de la guerra experimentadas con el fin del orden bipolar.

Ahora bien, aunque a nivel de las Fuerzas Armadas, como lo revelan manuales y discursos militares, América Latina ha tendido a recuperar este patrón hegemónico de la guerra europea, en el terreno de las prácticas —pero también en el de las representaciones— la «astucia» aparece como un componente fundamental de lo estratégico. Esta peculiaridad resulta más notoria aún en el caso de actores no institucionalizados que recurren a la violencia. El carácter poco convencional de las guerras del subcontinente, marcadas desde el período independentista por la asimetría de fuerzas y por la composición heterogénea de los contingentes armados, impregna una épica en la que la entrega personal aparece combinada con la exaltación del ingenio, que permite compensar y, eventualmente, superar, las carencias a nivel de efectivos, de organización y de pertrechos. Ese espacio ambiguo entre el «deber ser» de la guerra heredado de occidente y las circunstancias concretas en las que esta se produce habilita tanto los relatos populares de hazañas en las que la «astucia» se impone frente a la «fuerza» como —por el contrario— la descalificación de los combatientes irregulares, a quienes se reprocha el uso del ardid, asimilado a cobardía, disimulo y acto desleal.

Si estas apreciaciones tienen un componente de recurso retórico para justificar posiciones propias y/o deslegitimar al enemigo, reposan igualmente en la polisemia de las nociones de «fuerza» y «astucia». Mientras que el primer término puede referir tanto a la dimensión del coraje, de la gloria y de la entrega personal —cuya expresión paradigmática es el desprecio de la propia vida en nombre de la causa por la que se combate— como a la acumulación de medios materiales —de la demografía al territorio pasando por la industria bélica—, el segundo puede ser pensado positivamente como una cualidad del débil que le permite afrontar una fuerza superior presentada como despótica o ilegítima o, inversamente, es susceptible de ser asociado a la ilegalidad y al deshonor, con el fin de criminalizar al contrincante.

Para quienes se pronuncian en distintos momentos históricos por la lucha armada, la política suele aparecer como el terreno de la «astucia» y de los «conciliábulos», en oposición a la «franqueza» y al coraje que resulta de la acción directa. Vinculado en numerosos países latinoamericanos a la idea de un gobierno «elector» y/o elitista, el espacio de la política puede aparecer asociado a la exclusión de vastos sectores de la población por su pertenencia social, étnica o por sus ideas, generando desconfianza e incentivando la resolución de los asuntos públicos por medio de las armas. En las primeras décadas del siglo xx, con el surgimiento de corrientes antiliberales que

19 En 2007, en el contexto de las tensiones entre Estados Unidos e Irán, la representación de los persas en la película 300, de Zack Snyder, ilustra sobre la vigencia de esta representación.

cuestionan el régimen representativo de gobierno, la política partidaria, en tanto que fachada de un sistema de negociación y discusión basado en la mentira, el engaño y la disimulación, aparece vinculada a la «astucia» y, por ese hecho, deslegitimada.

En países como Argentina, los nacionalismos desde los años 1930 desvalorizan al enemigo denunciando su «astucia», que presentan en oposición neta a la fuerza, percibida, esta última, no ya en términos de recursos materiales a disposición sino, más bien, en su dimensión de coraje, como factor de compensación frente a la asimetría de medios físicos. La denuncia de la «astucia» enemiga actúa al mismo tiempo como instrumento de legitimación de la fuerza y como medio para denigrar al adversario instituido en enemigo. Considerando a este —desde los judíos hasta Inglaterra, pasando por la subversión marxista o el imperialismo «yanqui»— como astuto y pérfido, apunta a poner en evidencia, por contraposición, el propio campo como tributario de los valores opuestos y como depositario del monopolio del binomio fuerza-coraje. La referencia a la «pérfida Albión» es un buen ejemplo. Este discurso se inscribe en una tradición de representación de la alteridad amenazante, en la cual el adversario físicamente poderoso es considerado, al mismo tiempo, moralmente débil. Las sombras, los conciliábulos secretos, la manipulación, la corrupción o el poder del dinero serían mecanismos privativos del oponente. Esta forma de concebir la política se ve facilitada por la circulación de las teorías del complot.

Para amplios sectores de las sociedades latinoamericanas, no solamente para los militares o los grupos de extrema derecha, el modo de operar de las organizaciones politicomilitares revolucionarias aparece, a primera vista, como el extremo opuesto del accionar de los ejércitos estatales, en los cuales el recurso al ardid fue frecuentemente desvalorizado, a pesar de haber estado siempre presente. El desprecio por la «astucia» que se desprende del modelo occidental de guerra se revela a la hora de calificar las tácticas de las guerrillas, consideradas indignas y cobardes, asimiladas a la criminalidad y al terrorismo. Esta perspectiva se percibe en la mención, recurrente, del atentado con bomba. El atentado contra el jefe de la Policía Federal de la dictadura argentina, C. Cardozo es un caso emblemático. En junio de 1976, la militante montonera A. M. González, colocó una bomba en el dormitorio de Cardozo, la que provocó su muerte. González había logrado acceder a la casa por intermedio de la hija de la víctima, compañera de estudio con quien había establecido amistad. Frente al coraje de la combatiente reivindicado por la organización peronista, la dictadura argumentó la baja del «demonio subversivo». Central en el dispositivo comunicacional de la dictadura, el hecho participó de las prácticas de deshumanización de la «subversión».

Por su parte, la concepción de la política de las organizaciones politicomilitares —como los movimientos Tupamaros en Uruguay y Montoneros en Argentina— opuso el «coraje» de los «nuestros» a la «astucia» de «ellos», en su acepción de engaño, corrupción y traición asociada no solo con la «vieja política», sino también, fundamentalmente, con la democracia liberal. Al mismo tiempo reivindicarían para sí esta cualidad, en cuanto a capacidad creativa de generar alternativas en un combate asimétrico. De hecho, en el terreno de las prácticas, las guerrillas debieron acudir necesariamente a la «astucia» como recurso del débil para enfrentar una fuerza material ampliamente superior, poniendo en juego el ingenio para vencer con el menor costo y sobrevivir. Así, en términos tácticos, se pronunciaron por la «astucia» en detrimento de la «fuerza».

En el contexto de la Guerra Fría, donde la «fuerza» es conducida al paroxismo —a los extremos en términos clausewitzianos— por el arma atómica, el enfrentamiento bélico se caracteriza, en particular en las «periferias», por conflictos de baja intensidad que ilustran la complementariedad de los dos aspectos. La experiencia de las luchas coloniales en África y Asia y de las guerrillas en América Latina marcó tanto la reflexión y la producción de saberes militares como las prácticas. A partir de ese momento, la «astucia» se vuelve un componente central de la teoría

y de la acción. Los Estados recurren a modalidades de combate distantes de la guerra tradicional. Priorizan el empleo de pequeñas unidades diferenciadas de los ejércitos regulares, constituidas por formaciones —fuerzas— especiales o paramilitares, que cumplían misiones de reconocimiento, de información, de neutralización, procediendo tanto al asesinato selectivo como al desarrollo de acciones psicológicas de propaganda.

Si, por un lado, la política se identifica con la guerra —en la medida en que la acción violenta, el conflicto armado, es el lugar donde se dirimen las relaciones de fuerza—, por otro lado, ella se ubica en el centro de la acción militar, en la medida en que no resulta ya posible pensar la guerra sin esta dimensión, como lo pone en evidencia el conjunto de programas y medidas que involucran directamente a la sociedad civil tomadas por los militares brasileños luego del golpe de Estado de 1964 o por los argentinos a partir del quiebre institucional de 1966. La idea del desarrollo como componente central de la seguridad es el mejor ejemplo. Así, el trabajo de Rodrigo Nabuco de Araujo «Repensando a guerra revolucionária no Exército brasileiro (1954-1975)» analiza la circulación de doctrinas, actores y prácticas entre Francia y Brasil y su incidencia en el proceso de adaptación del Ejército brasileño a las operaciones tácticas de la guerra revolucionaria. En el curso de este, el autor pone de manifiesto la redefinición del papel del militar como «especialista de asuntos sociales» y la implementación de acciones de esta índole en regiones estratégicas, con el fin de conquistar la adhesión de la población brasileña en el marco de la lucha contra la insurrección armada, así como de las operaciones de propaganda psicológica contrarrevolucionaria. Sus reflexiones involucran directamente la problemática que en la presente introducción es evocada mediante la alegoría de la «fuerza» y la «astucia».

En definitiva, la Guerra Fría latinoamericana nos confirma que la oposición entre estos términos es una simplificación ideológica y que ambos, polisémicos, pueden adquirir connotaciones positivas o peyorativas según el lugar desde el cual se pronuncien los actores involucrados en el conflicto. Separarlos priorizando la «fuerza» es una operación que apunta a representarse la guerra sin política. La «astucia» y la «fuerza» son complementarias en los diversos planos de la política, incluido el de la guerra, como lo ilustran las alegorías del león y del zorro en Maquiavelo, quien extrapola en política el saber de las astucias propio de la guerra, inspirándose de la historia militar imperial romana con el objetivo de aplicarla en la praxis política contemporánea. La «astucia», en cuanto recurso estratégico, es empleada tanto por los «fuertes» como por los «débiles»; opera a nivel ofensivo como defensivo. A través de las figuras de Aquiles y Ulises, Homero muestra que ambas no son solamente conciliables, sino que forman parte de un único proceso. Sin embargo, aunque el primero reproche al segundo el uso de la argucia, el caballo de Troya es una obra maestra de la táctica militar y un paradigma de la victoria; la *Iliada*, por su parte, aparece, en términos estratégicos, como una pieza totalizante donde las nociones de «guerra» y «política» son necesariamente complementarias (Holeindre, 2017).

Si la tensión entre ambos términos se mantiene presente, el debate estratégico de la pos Guerra Fría pone en evidencia su carácter complementario. Las military operations other than war con Fuerzas Armadas que dirigen acciones sociales —de la construcción de escuelas a la provisión de salud— nos hablan sin eufemismos de la política en la guerra. A principios del siglo XXI, las reacciones al terrorismo o al tráfico de drogas se centran principalmente en la voluntad de «destrucción» vía la utilización de la fuerza. Sin embargo, de Irak a Afganistán, la «guerra contra el terrorismo» muestra que el despliegue de fuerzas y la superioridad militar no constituyen un factor decisivo de la victoria en enfrentamientos de tipo asimétrico. La situación es similar con respecto a la lógica prohibicionista que alimenta en América Latina la «guerra contra las drogas». Las reacciones frente al terrorismo, que durante el mandato de George Bush hacían

esencialmente referencia a la fuerza y proponían un enfoque militar tradicional de invasión y ocupación, se desplazaron durante la administración de Barack Obama hacia la implementación de programas de contrainsurgencia.²⁰ Los asesinatos selectivos mediante el empleo de drones son, tal vez, en términos tácticos, la expresión de la síntesis de la fuerza —en su acepción de medios materiales/tecnológicos a disposición— y de la «astucia».

La «era» del conflicto. El compromiso a los extremos

En la Guerra Fría latinoamericana, la idea de la «fuerza» en su acepción de capacidad física y de virtud moral impregna el compromiso político de vastos sectores, participando en la vida pública. Coraje, honor, sentido de la gloria y de la trascendencia son valores reivindicados tanto por las guerrillas como por las fuerzas que las combaten. Pensamiento de época, nutre y se nutre de una «lógica de guerra». Dicha «lógica» conduce al paroxismo la idea del sacrificio del ciudadano por la patria, nacida en la Grecia clásica y reinstalada en la Modernidad con la Revolución Francesa. El compromiso es el elemento central de la condición de ciudadano en un sistema hoplítico, cuyo paradigma es el modelo de guerrero propio de la tradición occidental, idealizado, a la vez, como soldado y como ciudadano.

En la *polis*, con la *falange* y el *hoplita*, la guerra se volvía claramente «política», en la medida en que el guerrero cedía paso al ciudadano-soldado para que se hiciera cargo de su defensa. La actividad guerrera se confundía con la vida común del grupo.²¹ Así como en la tradición antigua, en la cual el valor del soldado revelaba las cualidades del sistema político, el coraje del militante comunica la vocación del triunfo. La «fuerza» es virtud moral. Si los enemigos son considerados superiores por los medios materiales de los que disponen, quienes los combaten lo son por su ética, su valor personal y su voluntad. Esta idea sustenta la creencia de que el coraje puede reemplazar la asimetría de medios, presente tanto en las diversas organizaciones politicomilitares como en la propaganda desarrollada por los Estados para combatirlos.²² El «fusil al hombro» es la expresión de una obligación individual ligada al estatuto de pertenencia a la nación. La concepción del militantismo de las organizaciones politicomilitares en la Guerra Fría latinoamericana se inscribe en las consideraciones de Clausewitz sobre el compromiso en la actividad guerrera (1998: 77), ella misma inseparable del ciclo abierto en 1789. Con la enemistad enclavada en el centro de las visiones de la sociedad, la guerra se desvela, su apariencia se hace claramente política. Si la aparición de las guerras de guerrillas es la expresión paradigmática, la reflexión abarca la totalidad de las formas de lucha consideradas de liberación, lo que explica el recurso a Clausewitz de Lenin a Chávez, pasando por Mao y Perón.

La «revolución en las cuestiones militares» que implicó la Revolución Francesa eliminó el carácter mercenario de la mayor parte de los ejércitos europeos, propio del orden monárquico. Mediante la integración de las masas, la guerra no es ya un asunto de aristócratas y de mercenarios, ni puede ser pensada separada de la vida pública. A partir de la Revolución, los Estados-nación se enfrentaron apoyándose en el patriotismo y en la movilización de sus ciudadanos. Como en el mundo griego, la decadencia de la aristocracia se vio acompañada por la llegada del ciudadano en armas. Apelando al nacionalismo, el reclutamiento masivo —conclusión natural de la idea de soberanía del pueblo— transforma y democratiza un oficio que estaba a cargo de profesionales.

20 Sobre este punto puede verse D'Angelo (2015: 56-58).

21 Ver Vernant (1999).

22 Esta idea también puede funcionar en la dimensión del conflicto como *polemos*, estando presente, por ejemplo, en la sociedad argentina durante la Guerra de las Malvinas.

La guerra, como la política, por la integración de las masas, deja de ser una actividad propia de elites para convertirse en la de las naciones y de los ciudadanos. El reclutamiento masivo del 23 de agosto de 1793 fue el prelude de la «nación en armas». Las transformaciones resultantes de la Revolución tienen repercusiones profundas sobre la organización militar y en la relación entre la política y la guerra. La ciudadanía, el derecho al voto, carga con una contraparte, el impuesto en sangre, institucionalizado en el servicio militar. Su resultado es la conscripción, en cuanto relación contractual.

La Revolución Francesa modificó la concepción misma de la estrategia militar. El reclutamiento en masa, legitimado por la idea de la soberanía del pueblo, construye la relación ciudadano-soldado, elemento decisivo en la conformación estratégica del nacionalismo moderno. En la constitución de un ejército de ciudadanos se expresa la mutación en las relaciones sociales. Remitiendo a un modelo de vida pública, la defensa queda ligada a la participación directa de todos los ciudadanos en los asuntos de la *polis*. En la modernidad, el nacionalismo republicano refundó ese ideal promoviendo la identificación del ciudadano con un rol que requiere un alto grado de compromiso personal, hasta llegar al sacrificio de sí (Habermas, 1992). Como sostiene Jürgen Habermas, el nacionalismo exige la institución del espíritu cívico en el gesto del heroísmo nacional. En la disposición a luchar y morir por la patria se revelan igualmente la conciencia nacional y la mentalidad republicana. Esto explica la relación de complementariedad en la que se encuentran originariamente nacionalismo y republicanism. Develado, el proceso de violencia política experimentado en los años sesenta y setenta del siglo xx en diversos contextos latinoamericanos deja ver la recuperación de una antigua tradición donde la guerra se presenta como una prueba natural de la ciudadanía.

El cuestionamiento del servicio militar obligatorio y la externalización de funciones de defensa y seguridad son manifestaciones de la ruptura del vínculo entre ciudadanía e impuesto de sangre como lo entendía la tradición republicana. La proliferación de actores estratégicos privados es una característica del ciclo iniciado en 1989. En particular, el desarrollo de las compañías prestadoras de servicios militares²³ constituye uno de los aspectos más significativos del proceso de transformación de la seguridad en mercancía, cuyo resultado es la privatización de ciertas funciones regalías. Si bien en la América Latina actual, la «Milicia» en Venezuela o los «Ponchos Rojos» en Bolivia nos hablan de compromiso político, también hacen referencia a situaciones de excepción.

Más allá de los debates coyunturales sobre el restablecimiento del servicio militar o de la implementación de un servicio cívico obligatorio, resultante de la problemática del terrorismo islámico en Europa o de la criminalidad en América Latina, en Occidente la guerra parece haber vuelto a ser una función altamente especializada. El personaje del ciudadano soldado cede su plaza al guerrero profesional bajo formas diversas.²⁴ Sin embargo, aunque las transformaciones del desorden global que afectan al Estado-nación inciden sobre la concepción clausewitziana clásica de la guerra estructurada sobre la trinidad gobierno-ejército-pueblo, ellas no afectan en cambio la relación entre los términos de la ecuación. A pesar de que las sociedades y los conflictos se modifican, la guerra se mantiene como un medio de la política. Cada sociedad tiene su guerra. Como lo enuncia Clausewitz (1998), la guerra es un camaleón, en cada caso concreto cambia de carácter. Pensar la guerra implica estar atento a las variaciones concretas que el fenómeno ha manifestado

23 Sobre América Latina y las *Private military companies* ver Manero (2010: 89-116).

24 El paralelo entre temporalidades es interesante. La *polis* griega, con la falange de los hoplitas ciudadanos soldados dejó la plaza, en la época helenística, a los ejércitos de mercenarios reclutados para conquistar imperios. Jean-Pierre Vernant (1999).

históricamente, identificando sus elementos persistentes dados por la estructura del duelo, por la destrucción del adversario, por la constitución de un acto de violencia destinado a obligarlo a ejecutar una voluntad, pero sobre todo por la relación con lo político. Acentuando las modificaciones, Clausewitz reforzó la idea de una esencia inmutable de la guerra dada por su condición de persecución de fines políticos, de la primacía del punto de vista político sobre el militar.²⁵ Si en América Latina la enemistad social está acotada y, por lo tanto, la política tiene márgenes precisos y un relativo control de los procesos conflictuales, la posibilidad del recurso a la violencia continúa participando del poder con todos sus cálculos y sus dilemas. Lejos de ser un acto de pasión sin sentido, está guiada por objetivos.

Entre Prometeo y Narciso

En la «edad de la ideología», la distinción entre política y guerra se desdibuja y la primera tiende a asimilarse a la segunda. Tanto para ciertos sectores conservadores como para otros que cuestionan el *statu quo* social, es en el campo «militar» en el que se dirimen, por medio de la violencia colectiva, las «verdaderas» relaciones de poder. Pensando la guerra como continuación de la política, las relaciones sociales son concebidas en términos de relaciones de fuerza. Dado que la política, bajo las formas de la democracia representativa, no se considera más que engaño, su verdadera naturaleza aparece expresada en la guerra.

En el desorden global, la identificación de la guerra con la política fue fuertemente cuestionada en Occidente y en su «extremo» (Rouquié, 1987), desdibujándose, con ella, la idea de compromiso bajo todas sus formas modernas, invocando la nación o la clase, y su corolario, la apología de la muerte heroica armas en mano. Es el descrédito de esa retórica que vinculaba el colectivo de identificación con el sacrificio supremo, desarrollado por sociedades en las que la práctica política exponía constantemente a ciertos militantes al peligro. Paradójicamente, en las sociedades de Europa occidental, si la actividad y el compromiso político está lejos de ser asociado con el riesgo de muerte violenta, las poblaciones resultan cada vez más preocupadas por la guerra en la medida en que el terrorismo como práctica se instala en la vida social.

América Latina participa de esas transformaciones profundas de las mentalidades con respecto a la guerra y al conflicto —pero también en relación con la política— que caracterizan a las sociedades occidentales contemporáneas. Se trata de un fenómeno que involucra al conjunto de los países desarrollados, pero también, en algunos países periféricos, en particular a los sectores que han alcanzado un cierto nivel de prosperidad. Si la «política» despliega toda su capacidad para construir un orden de forma no violenta relegando la «guerra», se debe a que la sociedad y el mundo cambiaron. El ciclo iniciado en los años ochenta del siglo pasado reposa, por una parte, sobre las transformaciones radicales de la naturaleza de las relaciones internacionales y de la concepción del hombre, de las sociedades y del Estado-nación, suscitadas por los efectos conjugados de la globalización y del fin del orden bipolar; por otra parte, sobre modificaciones de lo político que resultan de la historia regional misma: los efectos pedagógicos de los años de plomo —principalmente en los países del Cono Sur—, el debilitamiento de actores corporativos como la Iglesia, las Fuerzas Armadas y los sindicatos y la marginalización de las demandas antisistema. A pesar de los cuestionamientos del *statu quo*, de la voluntad de refundación del orden económico-social promovida por las nuevas formas de populismos contestatarios, no solo se mantiene el marco del sistema capitalista sino que el modelo de acumulación orientado hacia el mercado externo sigue también siendo hegemónico.

25 Ver Aron (1974; 2009).

La reintroducción, con estos neopopulismos, de una concepción agonística de lo político implicó una polarización radical de la sociedad que generó el recurso a la violencia física y el fantasma de la guerra civil —el caso boliviano y el venezolano son paradigmáticos— sin procurar una «lógica de guerra» ni postular el recurso a la violencia como un componente prioritario del sistema político.

Cerrado el ciclo de los años de plomo, a diferencia de la violencia institucional, la violencia política bajo la forma contestaria se mantiene limitada a acciones esporádicas, puntuales, entre catártica y pulsional, muchas veces instrumentalizada por el Estado vía los servicios de inteligencia con objetivos disciplinarios. El surgimiento de tentativas marginales de organizaciones insurreccionales que vinculan la revolución social con problemáticas propias del nuevo ciclo como la cuestión ecológica o étnica —es el caso del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) mexicano o del Ejército del Pueblo paraguayo— coexiste con la desarticulación de los antiguos movimientos guerrilleros como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), a partir de la puesta en marcha de los denominados «procesos de paz». Si la pos Guerra Fría se caracteriza por la emergencia de movimientos indígenas y de afrodescendientes, pocos de ellos reivindican la violencia como modo de operar, si bien pueden integrarla en sus acciones políticas, como el Movimiento Resistencia Ancestral Mapuche. América Latina participa marginalmente de la forma de violencia política que, apelando al etnonacionalismo, caracterizó la inmediata pos Guerra Fría.

A pesar de la puesta en circulación de nociones transfronterizas como la de área cultural y de la creación de organismos indígenas supranacionales, como la Coordinadora de las Organizaciones Indígenas de la Cuenca Amazónica (1984), el Consejo Indígena de Centroamérica (1995) y la Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas (2006), en general —con excepción de ciertas reivindicaciones en países como Guatemala o Chile—, los movimientos identitarios de las poblaciones originarias aceptan no solamente las fronteras nacionales heredadas de la formación de los Estados poscoloniales, sino que constituyen, además, una pieza importante del nacionalismo defensivo expresado en los movimientos de oposición al Área de Libre Comercio de las Américas, a las instalaciones militares estadounidenses y a las privatizaciones. La reivindicación de un colectivo de identificación nacional sigue siendo central en los movimientos que desarrollaron perspectivas políticas, como es el caso en México, Ecuador y Bolivia (Manero y Salas, 2007).

La pos Guerra Fría es un momento de ruptura. Las mutaciones a nivel estratégico demandan nuevas conceptualizaciones de la paz y de la guerra, de la seguridad y de sus responsables. Rut Diamint, en su artículo «América Latina en torno a los paradigmas de seguridad», presenta un estado de la cuestión de los debates estratégicos a principios del siglo XXI, destacando el bajo nivel de participación de esta región del mundo en ellos, así como sus limitados aportes a la problemática. El trabajo revela el impacto relativo que han tenido en las acciones de los gobiernos, lo que aparece vinculado, en parte, con la ausencia de generación de un pensamiento académico sobre el tema. Al mismo tiempo hace foco en las diversas percepciones de la amenaza. En la visión crítica de los estudios tradicionales de seguridad formulada por esta autora se hace referencia a debates teóricos que involucran la emergencia de «nuevos» actores. Así, de los programas de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) sobre la participación de las mujeres en los procesos de paz a los estudios feministas de seguridad, la problemática de género se constituye en un componente del abordaje de la política y de la violencia política en las sociedades periféricas. Ahora bien, el trabajo de Sandra McGee Deutsch que abre este dossier, titulado «Hands Across the Río de la Plata: Argentine and Uruguayan Antifascist Women, 1941-1947», ilustra sobre la profundidad temporal de dichas prácticas en América Latina, poniendo de manifiesto el papel

significativo de los actores civiles en los conflictos bélicos. A partir del análisis de las relaciones y de la colaboración entre dos organizaciones feministas antifascistas, una argentina (la Junta por la Victoria, 1941) y la otra uruguaya (Acción Femenina por la Victoria, 1942), creadas durante la Segunda Guerra Mundial, la autora subraya el rol de las mujeres ligadas a organizaciones de izquierda en la consolidación de la democracia de cara a la construcción de sociedades más inclusivas e igualitarias, capaces de cuestionar la discriminación de género.

Desde diversas perspectivas y marcos temporales, las investigaciones que componen este dossier confirman la vigencia de la cuestión central propuesta. *Corsi e ricorsi* de la reflexión social, lejos del orden posclausewitziano sostenido en la década del noventa del siglo xx por los apolo-gistas de la globalización como ideología, la guerra continúa en el centro tanto de las prácticas como del pensamiento político. Lo estratégico sigue inscribiéndose en un enfoque que, identi-ficando la esencia de lo político con el conflicto y la confrontación —ya sea en el plano de las clases como en el de las naciones, en el de las civilizaciones y en el de las religiones—, exhibe los fundamentos agonísticos de todo poder.

Referencias bibliográficas

- ARENDR, H. (1970). *On Violence*. Nueva York: Harvest-HBJ Book.
- ARON, R. (1974). «La guerre est un caméléon». *Contrepoint*, vol. 15.
- (2009). *Penser la guerre, Clausewitz*, tomo 2: L'âge planétaire, París: Gallimard.
- BLAINEY, G. (1973). *The Causes of War*. Nueva York: The Free Press.
- CAPDEVILA, L. y DESSENS, N. (2016). «Guerres civiles», en BERTRAND, M.; COPPOLANI, B.; VAGNOUX, I. y BLANQUER, J.-M. (dirs.), *Dictionnaire des Amériques*. Col. Bouquins. París: Robert-Laffont.
- CLAUSEWITZ, C. VON (1998). *De la guerre*. París: Les Editions de Minuit.
- COMPAGNON, O. (2013). *L'adieu à l'Europe. L'Amérique latine et la Grande Guerre (Argentine et Brésil, 1914-1939)*. París: Fayard, 2013.
- D'ANGELO, V. (2015). «Hostis ante portas. El poder, la guerra y la figura del enemigo en las relaciones internacio-nales». *Revista Unisci/Unisci Journal*, vol. 38, pp. 35-67, mayo. Disponible en: <<https://search.proquest.com/openview/7b967a6ed3e0b879624b6fdf5e437df3/1?pq-origsite=gscholar&cbl=54637>> [Consultado el 7 de noviembre de 2017].
- DE SAINTE CROIX, G. E. M. (1981). *The class struggle in the ancient Greek world*. Londres: Duckworth.
- DOMÍNGUEZ, J. (comp.) (2003). *Conflictos territoriales y democracia en América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- FISHER, N. (2000). «Hybris, revenge and stasis in the Greek city-state», en VAN WEES, H. (ed.). *War and violence in ancient Greece*. Londres: Classical Press of Whale.
- FOUCAULT, M. ([1976] 1997). *Il faut défendre la société*. Cours au Collège de France. París: EHÉSS-Gallimard-Seuil. Edición bajo la dirección de François Ewald y Alessandro Fontana.
- FREUND, J. (1983). *Sociologie du conflit*. París: PUF.
- FUKS, A. (1984). *Social conflicts in ancient Greece*. Jerusalem: The Magnes Press.
- GIRARD, R. (1972). *La violence et le sacré*. París: Grasset.
- GLUCKSMANN, A. (1979). *Le discours de la guerre*. París: Grasset.
- GRANGÉ, N. (2009). *De la guerre civile*. París: Armand Colin.
- GRAVES, R. (1979). *Les Mythes grecs*. París: Fayard.
- HABERMAS, J. (1992). «Ciudadanía e identidad nacional. Consideraciones sobre el futuro europeo». *Debats*, vol. 39, pp. 11-17.
- HOLEINDRE, J. V. (2017). *La ruse et la force. Une autre histoire de la stratégie*. París: Perrin.
- JAMES, W. (1912). «The Moral Equivalent of War», en *Memories and Studies*. Londres: Longmans.
- JOXE, A. (1991). *Voyage aux sources de la guerre*. París: Presses Universitaires de France.
- KALDOR, M. (1999). *New and Old Wars, Organized Violence in Global era*. California: Stanford University Press.
- KNÜFE, A. (2007). «Métamorphoses d'une formule : La guerre, c'est la politique continuée par d'autres moyens», *Lampe-tempête*. n.º 2. Disponible en: <<http://www.lampe-tempete.fr/Clausewitz.html>> [Consultado el 7 de noviembre de 2017].
- KRAAY, H. (1997). «Slavery, citizenship and Military Service in Brazil's Mobilization for the Paraguayan war». *Slavery and Abolition. A Journal of Slave and Post-Slave Studies*, vol. 18, n.º 3, diciembre, pp. 228-256.

- LIVIO, T. (2010-2011). *Historia de Roma* (Traducción Antonio D. Duarte Sánchez, 2010-2011). Disponible en: <<http://historicodigital.com/download/tito%20livio%20i.pdf>> [Consultado el 7 de noviembre de 2017].
- LONIS, R. (1996). «Poliorcétique et stasis dans la première moitié du IV^e s. av. J.-C.», en CARLIER, P. (ed.). *Le IV^eme siècle av. J. C. approches historiographiques*. Nancy: Adra/Ass. Diff. Rech. Antiq.
- LORAUX, N. (1997) *La cité divisée: l'oubli dans la mémoire d'Athènes*. París: Payot.
- MANERO, E. (2002). *L'Autre, le Même et le bestiaire. Les représentations stratégiques du nationalisme argentin. Ruptures et continuités dans le désordre global*. París: L'Harmattan.
- (2007). «Strategic Representations, Territory and Border areas: Latin America and global disorder». *Geopolitics*, vol. 12 (1), enero-marzo, pp. 19-56. doi: 10.1080/14650040601031123
- (2010). «De la perception de la guerre en temps linéaire au relativisme stratégique, la conséquence logique d'un regard comparatif», en *Aspects. Revue d'études francophones sur l'État de droit et la démocratie*, vol. 4, París: Agence Universitaire de la Francophonie.
- (2014). *Nacionalismo(s), política y guerras en la Argentina plebeya (1945-1989)*. Colección Ciencias Sociales. Buenos Aires: Unsam Editora.
- y SALAS, E. (2007). *Mondialisation et «Nationalisme des Indes». Contestation de l'ordre social, Identités et Nation en Amérique latine*. Toulouse: Méridiennes-CNRS.
- MARES, D. (2001). *Violent Peace: Militarized Interstate Bargaining in Latin America*. Nueva York: Columbia University Press.
- MÍGUEZ, E. (2017). «Violencia y orden político en la Argentina en la formación del régimen oligárquico», comunicación presentada al Simposio n.º 4, *Congreso Abila*, Valencia.
- POLIBIO (1969). *Histoires*. París: Les Belles Lettres.
- PRICE, J. J. (2001). *Thucydides and Internal War*. Cambridge: Cambridge University Press.
- REALI, M. L. (2016). *Herrera. La revolución del orden. Discursos y prácticas políticas (1897-1929)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- ROUQUIÉ, A. (1987). *Amérique latine. Introduction à l'Extrême-Occident*. París: Seuil.
- SCHMITT, C. (1992). *La notion de politique et Théorie du partisan*. París: Champs-Flammarion.
- SERRANO DEL POZO, G. A. (2017). «Las guerras internacionales al servicio de las nuevas repúblicas. El caso de Chile contra la Confederación Perú-boliviana (1836-1839)», comunicación presentada al Simposio n.º 4, *Congreso Abila*, Valencia.
- SIMMEL, G. (1998). *Le conflit*. París: Circé.
- SUMNER, W. G. (1911). *War and Other Essays*. New Haven: Yale University Press.
- TUCÍDIDES (1986). *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Barcelona: Orbis. Traducción de Diego Gracián.
- VERNANT, J.-P. (dir.) (1999). *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*. París: Éditions de l'Ehess.